HILDA ZUDÁN

Por Victoriano Santana Sanjurjo

Nació en 1900 en Telde. Estudió Magisterio y Filosofía y Letras en la Universidad de Granada. Se licenció en 1925, aunque no logró disponer de su título hasta 1951. Se le conocen solo ochenta textos en prosa y dos poemas. Todos compuestos entre 1921 y 1924. Más del noventa por ciento publicados en *El Defensor de Canarias*. Su nombre: María del Jesús Suárez López («Mireya» en su entorno más próximo). Su seudónimo: ¿Hilda Zudán?

QUIÉN ES

¿Quién es —en realidad— Hilda Zudán? A mi juicio, en la locución adverbial se condensa la clave para acercarnos a esta desconocida escritora, cuya trayectoria editorial está de momento perfectamente delimitada en cantidad, tiempo y medios. La edición más completa de su producción es la que preparó Fran Garcerá, publicada en 2025 como tomo 74 de la Biblioteca Básica Canaria. Ochenta y dos textos (ochenta en prosa y dos en verso) representan todo el corpus que en la actualidad constituye la aportación de la escritora a nuestras letras: treinta y nueve piezas de 1921, veintisiete de 1922, diez de 1923, tres de 1924 y otras tres sin fecha. Más del 90 % de sus piezas vieron la luz en un periódico de limitada difusión y evidente componente ideológico: *El Defensor de Canarias, diario católico de información.* El medio, fundado en 1919, se imprimía en el palacio episcopal y llegó a tener como director a José Azofra del Campo, quien pudo ser docente de nuestra autora en el Colegio de La Santísima Trinidad, situado en la zona palmense de Triana, de cuyo claustro formaba parte. ¿Animó a nuestra protagonista a que difundiera a través de este canal sus escritos?

No se ha dado con ningún poemario que firmara —aunque no llegara a publicarlo— ni con libro alguno que justificara una experiencia editorial y una voluntad vinculada con la escritura literaria compartida. Nada, salvo lo indicado, aparece bajo el nombre de Hilda Zudán. Su realidad poética se circunscribe a las mentadas ochenta y dos piezas de relativa calidad distribuidas en cuatro años.

¿Quién está detrás de Hilda Zudán? Con toda la prudencia que la falta de datos exige —y con las reservas propias de saber que no todos los puntos de las hipótesis planteadas están convenientemente unidos—, podemos aceptar de momento que detrás del enigma se halla la figura de María del Jesús Suárez López, de quien sí disponemos de más información. Nació en Telde el 17 de octubre de 1900, en el seno de una familia acomodada que veía con buenos ojos que las tres hijas del matrimonio compuesto por Sebastián Suárez Sánchez y María del Pino López Hernández tuvieran estudios. María del Jesús o Mireya, como la conocían en su entorno más próximo, fue la mediana. La mayor, Josefa, estudió Magisterio; la más pequeña, María del Pino, Farmacia —fue la primera mujer farmacéutica de la provincia de Las Palmas—. María del Jesús estudió Magisterio en Las Palmas y en la Universidad de Granada. Más tarde, en régimen de enseñanza no oficial, amplió allí su formación al matricularse en Filosofía y Letras, titulación en la que se licenció en 1925, aunque por problemas administrativos no se le expidió el título hasta 1951.

En la primavera de 1926, en la Imprenta Latina de Madrid, se publicó el único libro que se le conoce: *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española.* Lo firma con el nombre de Mireya Suárez. Dedica la obra a su «querida tierra» —Gran Canaria—, a la que ofrece «el primer fruto de mi trabajo y esfuerzo». El primero y el último, pues no ha llegado a nosotros ningún otro. Con el tiempo, el mérito de esta publicación no se halla en su contenido —una suerte de memoria de licenciatura que se acondicionó para la ocasión—, sino en la cubierta, donde se reproduce la única imagen de María del Jesús Suárez López (Mireya Suárez) que conocemos. ¿Es también la de Hilda Zudán?

La publicación dio a nuestra protagonista cierto relumbrón. La prensa acogió el libro y los parabienes no faltaron. Pero tras este fogonazo de interés, desapareció. ¿A qué se dedicó? ¿Fue docente como su tío Cesáreo Suárez Sánchez, conocido profesor teldense que tenía su academia en el barrio de San Gregorio? Estuvo en Tenerife, en el Colegio Sagrado Corazón; y más tarde, en 1951, en Àger, un municipio leridano. En 1953, en Barcelona. Lo último que se sabe de ella es del 27 de febrero de 1968, cuando debía contar con sesenta y siete años: alguien que no se identifica firma un impreso de solicitud de certificación «de las calificaciones obtenidas durante la carrera» de María Jesús Suárez López —«natural de Telde, provincia de Canarias»—.

¿Dónde murió? ¿Cuándo? Se desconoce. Los puntos unidos con pesquisas y cotejos parecen indicar que María del Jesús (Mireya) no murió en España. Hilda Zudán, en cambio, por lo que tenemos a mano, no pasó de ese verano granadino de 1924 en el que Federico García Lorca gestaba su *Romancero gitano* al tiempo que recibía en su casa familiar la visita de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí.

VALOR Y SIGNIFICADO DE SU OBRA

Aunque se la quiera situar como miembro del colectivo denominado Escuela Lírica de Telde, nomenclatura que nunca me ha convencido y que acepto si con ello se impide la tentación de hablar de «generación», lo cierto es que la autora que nos convoca no tuvo nada que ver con los autores que conforman este grupo: Julián (1875-1947) y Saulo Torón Navarro (1885-1974), Montiano Placeres Torón (1885-1938), Fernando González Rodríguez (1901-1972), Luis Báez Mayor (1907-1941) y Patricio Pérez Moreno (1912-1986), por más que se haya intentado incluirla como el «elemento femenino» de un conjunto tan desigual como este «movimiento literario» (las calidades de Saulo, Fernando y, por qué no, Montiano distan mucho, muchísimo, de las del resto).

Nadie la nombra. Nadie la tiene en cuenta. Nadie le dedica nada y en ningún evento interviene, salvo en uno muy puntual: el homenaje a Tomás Morales que se celebró el 22 de diciembre de 1921 en la Sociedad «La Unión» y en el que participaron, además de Hilda Zudán (así apareció en la prensa), Montiano Placeres, Fernando González y un desconocido poeta local, Miguel Noble Umpiérrez, que sí tuvo en vida el regalo de un poema dedicado por el autor de *Manantiales en la ruta* (1923). ¿Por qué? ¿Cómo es posible que alguien que afirma tener una licenciatura en Filosofía y Letras obtenida en 1925, que ha publicado un libro (en 1926) sobre un asunto circunscrito a la historia de la literatura —en el que no ha dudado en expresar su amor por Gran Canaria y por Telde— y que ha podido vivir un momento tan esplendoroso en lo cultural como fue la Segunda República (1931-1936), realmente no tuviera un sitio en los afectos o intereses creativos e intelectuales del grupo lírico masculino apuntado dentro del estrecho espacio

geográfico de Telde? ¿Ni siquiera en el seno de las dos sociedades que había en la ciudad durante esos años (Instrucción y Recreo «La Unión» y el Centro Obrero, luego llamado La Fraternidad, donde tuvo mucho peso su tío Cesáreo Suárez Sánchez) hubo un hueco para esta mujer —si no permanente, al menos eventual, puntual, circunstancial—? ¿Tampoco en las veladas benéficas que organizaba la Agrupación Artística de Telde en el Teatro-Circo Electra, que contaban con la participación de escritores locales como Fernando González, Miguel Noble o Montiano Placeres, que era concejal «de los liberales» del Ayuntamiento como su padre? ¿Acaso no le habló Sebastián Suárez a su vecino y correligionario de las inclinaciones literarias de su hija Mireya?

Tras el breve periplo publicador, que transcurrió con más pena que gloria, nadie se preocupó por saber de la escritora hasta finales de los sesenta, cuando, esporádicamente, aparecía adosada a listados de autores cuyas trayectorias poéticas sí estaban contrastadas porque tenían publicaciones, gozaban de reconocimiento, había constancia de sus participaciones en diferentes iniciativas literarias, etc. Supongo que, como sucede en la tradición de los «amores de oídas», a base de irla incluyendo en repertorios onomásticos de poetas, surgió el convencimiento colectivo de su relevancia, aunque su obra se desconociera porque no estaba disponible y, en consecuencia, no fuera posible valorar sus virtudes líricas. Afortunadamente, en 1999 Antonio M.ª González Padrón ofreció en un libro el único material que se pudo localizar hasta entonces de nuestra protagonista, lo que favoreció su conocimiento y, con ello, la consolidación de su nombre dentro de la constelación de escritoras de nuestra tierra.

A Hilda Zudán, a la mujer que está detrás de este seudónimo, le faltó tiempo para madurar como escritora. Fue la suya una carrera literaria truncada; a mi juicio, por demasiados reveses personales. Su producción, aun cuando le faltara tiempo para consolidarse y tener una personalidad y un estilo propios —dones que solo dan el tiempo y el ejercicio permanente de la escritura y la lectura—, por la tendencia hacia el intimismo, la melancolía, la mirada hacia el espacio cercano, posee ciertos rasgos que la ubican dentro del postromanticismo canario. En ella, este movimiento se vertebra sobre una exaltación constante de la muerte y de los entornos físicos y anímicos de naturaleza lúgubre; un fervor religioso que roza en no pocas ocasiones el fanatismo; guiños al hogar y a la la maternidad que no pueden dejarnos indiferentes, a tenor de la existencia familiar tan «en un segundo plano» que me parece que ha tenido y que empujan a sospechar que son como botellas arrojadas al mar por una náufraga; un costumbrismo de trazo grueso, más atento al ornamento folclórico y a la estampa pasional del paisaje que al verdadero poso identitario del territorio; una vocación académica, divulgativa, que no deja de ser eso, mera voluntad, simple deseo, aceptable pretensión que no transmite brillantez alguna en sus resultados; una suerte de ostentación expresiva en sus alabanzas que a menudo pone en riesgo la sinceridad de sus palabras o, cuanto menos, el propósito gratificante que encierra su mensaje (como ocurre en su texto de homenaje a Tomás Morales) y, en sus enfados, una virulencia desmedida para denunciar la traición, la envidia y la hipocresía.

Si hubiera tenido continuidad y esta hubiese fraguado en unas enriquecedoras relaciones con otros autores, en otros entornos poéticos, a partir de otras lecturas, quizá ese potencial que muestran los testimonios que componen su obra —esa innegable sensibilidad de naturaleza postromántica que atesora— habría evolucionado hacia una solidez lírica que se echa en falta, hacia una suerte de magisterio poético para el que estaba llamada. La adversidad quiso que se quedara en los límites de una alumna aventajada y que no fuera a más, uniendo de este modo su nombre al de muchas mujeres con intereses literarios y ánimos editoriales que, aun

disponiendo de facilidades para ello, por coyunturas vitales desconocidas —en este caso, por ejemplo— no pudieron desarrollar su talento y sus inquietudes poéticas.

BIBLIOGRAFÍA

Mateo del Pino, Ángeles (2001). *A través del espejo: la crónica literaria en Hilda Zudán*. Telde : Ayuntamiento. Esta referencia, que se difundió como folleto para una conferencia dentro del ciclo Letras a Telde, 1351-2001, realizado durante todo el año 2001 en la actual Biblioteca Montiano Placeres y que organizó el consistorio teldense, se publicó al año siguiente en las actas del encuentro con el título «Escritura y universo existencial: una aproximación a la prosa de Hilda Zudán».

Santana Sanjurjo, Victoriano (2025). *Hilda, Mireya… María (y otros ____ teldesianos)*. Madrid : Mercurio Editorial.

Zudán, Hilda [María del Jesús Suárez López] (1999). *Antología literaria*. Selección y preliminar de Antonio María González Padrón. Telde: Ayuntamiento.

Zudán, Hilda [María del Jesús Suárez López] (2025). *La hora silente*. Edición y estudio preliminar de Fran Garcerá. Tomo n.º 74 de la Biblioteca Básica Canaria. Las Palmas de Gran Canaria : Viceconsejería de Cultura y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias.

OTROS RECURSOS

La hora silente, Hilda Zudán (Biblioteca Básica Canaria, n.º 74).
https://cdn.prod.website-files.com/6151bdf804776f918cd21fd3/6909c0f7f7f9e10a0b5b1695_BBC%2074%20-%20Hilda%20Zuda%CC%81n%20-%20La%20hora%20silente.pdf

Hilda, Mireya… María (y otros ___ teldesianos)
https://www.sadalone.org/2023/publicaciones/hilda-mireya-maria-y-otros-_____-teldesianos-2025/

SELECCIÓN DE TEXTOS

MALDAD
(*El Defensor de Canarias,* 4 de marzo de 1921).
Reptil emponzoñado con el fiero puñal de la columna; sucio y asqueroso injerto de la civilización, que sembrando la desconfianza quebranta las más firmes amistades, los más sagrados vínculos; odioso y pérfido bellaco que siembra la discordia en los hogares más pacíficos; ángel maléfico que se goza de la venganza y con mal disimulada voz de compasión fingida va exponiendo a todos los defectos y los fallos de sus semejantes. Ruin gusano que aniquila las conciencias y lanza a todos la carcajada insolente de la savia que le corroe.

De su horrible boca, con dulces palabras, escupe la rabia que le envenena el pecho; se desespera al ver felices a los demás; sonríe más cuanta más sea la envidia que sienta por no ser igual a los otros o por la importancia de escalar el cielo de la felicidad.

Híbrido aborto de la naturaleza; inhumano injerto de la incultura; parásito que vive a expensas de los incautos y sacia su sed con la venganza, con el odio que por todos siente. Envidioso ser que, no pudiendo escalar el lugar do yace el águila, se arrastra soberbio hacia los lugares donde puede verter el coraje y la rabia que obran cáusticamente en su pecho de hielo. Gusano vil que, con sardónica sonrisa, se goza de la desdicha ajena exclamando: «¿Qué me importa ver sufrir a los demás? ¿Qué me importa que todo se destruya, que todo muera? Yo saciaré mis ansias sanguinarias viendo caer gota a gota la sangre de mis víctimas, ella servirá para dar rosado triste a mis famélicas mejillas. La carne humeante de sus cuerpos calmará mi hambre. Gozaré viendo sufrir a mis sacrificados y pisotearé sus cuerpos exánimes. No me importa que todo se destruya, que todo muera… ¡Basta que viva yo!», y con diabólica carcajada muestra su salvaje alegría.

Eres la Maldad. Tu pútrido aliento te descubre. Jamás serás feliz. Siempre sentirás la nostalgia de la dicha.

MALEDICENCIA
(*El Defensor de Canarias,* 2 de junio de 1921)
La ignorancia, la vulgaridad, la envidia. Ved ahí las tres inseparables compañeras de la maledicencia. Va de casa en casa, de sociedad en sociedad, de pueblo en pueblo, dejando tras de sí el vaho inmenso de su nauseabundo hálito. Las almas vulgares, las viperinas lenguas que sienten en su dermis el cáustico efecto de sus odios; los espíritus mezquinos que, en su envidia, encuentran armas venenosas que asestar contra aquellos que, llevando una vida de ejemplar honradez, de laboriosidad, son los que propagan “a sabiendas” esa moneda falsa, aun sabiendo su abyecto origen.

Son seres depravados, innobles, bestiales, indignos de tenerles en cuenta, dignos de ser hollados por nuestras plantas.

Las almas nobles, generosas y compasivas perdonan la calumnia y, cual palmera cimbreante, se clavan y balancean a impulso de sus ideales, de sus pocos comunes pensamientos, de los espontáneos impulsos de sus almas…

Exclamad siempre que oigáis que os calumnian, que os desprecian: «Perdonados seáis siempre y que esos dardos venenosos que lanzáis contra mí se conviertan en flores que cubran el sendero de vuestras existencias».

Sí, esa es la mayor, más grande y mejor venganza: «Dios, que ve las conciencias, juzgará imparcialmente mi conducta y verá que he obrado bien».

No os desalentéis porque os calumnian. Vuestras almas puras, vuestra conducta, serán las que se pongan a la vanguardia, las que os sirvan de escudo por el cual las venenosas flechas no han de atravesar.

Seguid con vuestras vidas nobles, honradas, laboriosas, y esas voces vulgares, esos espíritus de baja esfera intelectual, comprenderán al fin su impotencia, la impotencia de la envidia, del odio, del rencor.

No deis oídos a pequeñeces. Distinguíos de los espíritus incultos, de los corazones poseídos de la maledicencia.

LA ENVIDIA

(*El Defensor de Canarias,* 24 de octubre de 1921).

Así como todos los hombres somos irritables y, tal vez, si no acostumbrásemos a callar nuestras pasiones, llegaríamos a ser seres depravados, abortos de la naturaleza; así, si no sentimos sincera admiración por todo lo bueno, todo lo grande y noble, y nos valemos de eso como estímulo para llegar a ser tan grande, tan noble como los modelos, pudiéramos llegar tal vez a sentir ese veneno emponzoñado que llaman "envidia", pero no esa envidia noble, que no es tal envidia, que nos hace reconocer y admirar los productos de los grandes inspirados, no; sino ese instinto egoísta, depravante que hace ver por el prisma más oscuro las grandes obras.

Me represento la envidia como un monstruo cavérnico, de ojos que no ven por tenerlos como el topo, de garras tan finas como el tigre, tan cobarde como el jaguar, tan temible como el áspid…

Es verdad: el que envidia es el que ve en el envidiado algo superior, algo de lo que él desea y no tiene. El que envidia adora la cosa envidiada, pero dicha adoración va bastardeada con la mala voluntad. El envidioso admira, pero siente almacenado en su pecho el veneno odioso que quebranta esa silenciosa adoración y la convierte en rencor, anatema, envidia dolorosa…

El que envidia tan tristemente no puede vivir entre los grandes cuadros de las civilizaciones y en su pecho debe sentir llamaradas de odioso rencor.

El envidioso no medra y, al fin, se hallará solo, sin tener quien esté a su lado, pues es un hierro candente que tiene un radio de considerables dimensiones, y al cual no podrá acercarse ningún ser puro exento de esa pasión sin contaminarse… Se huye de ese vicio como de una enfermedad contagiosa. Debe ser muy malo el dolor que siente el envidioso al contemplar el objeto de su envidia… Y si tanto dolor le produce, ¿por qué no trata de corregirse?

AGÜIMES. MIS RECUERDOS MÁS GRATOS

(*El Defensor de Canarias,* 2 de febrero de 1922)

No son para describir las dulces emociones que experimenté en la villa, en el corto tiempo que en ella pasé.

Me encanta el pueblo en su totalidad. Sus calles estrechas y empinadas parecen peldaños que han de conducir a la planicie. Sus casas antiguas, silenciosas, tienen el sello típico de las cosas pasadas: guardan en su seno las tradicionales costumbres de pretéritas épocas.

Sus habitantes son gentes muy buenas, llenas de afecto, plenas de cariño hacia los forasteros. En otros pueblos, se mira al transeúnte extraño como ave de paso; aquí no, en la villa se le mira como a huésped, pero con deferencia. Estas gentes son joviales, francas, plenas de llaneza, no exentas de una curiosidad que les hace más atrayentes, más simpáticas. Sus rostros reflejan la alegría de sus almas. Son religiosos, amantes del progreso, entusiastas por todo lo que significa el engrandecimiento de la villa. Su espíritu expansivo hace que, al dejar el pueblo, nos entristezcamos. La aridez de las tierras que circundan el pueblo ha hallado feliz compensación en la jovialidad de sus moradores.

Hay en este pueblo un bosquecito en miniatura. La alameda constantemente reverdecida, llena de arbolado, donde parlan en amistosos grupos los "saludadores del día", las avecillas de arpegiado lenguaje, es uno de los sitios más bellos de la villa. El sol al nacer y cuando está en cénit filtra sus rubios cabellos por las ramas, que proyectan su sombra, juguetean con las hojas y forman una graciosa filigrana.

Y el viento suave mece, a veces, los árboles, que parece [que] musitan canciones olvidadas y, al caer la tarde, sopla fuerte, susurrando santos y trayendo ecos de gloriosas epopeyas lejanas…

Son sus tardes calladas, silenciosas, tristes, interrumpidas por los cantos cercanos y por los golpes continuos de la gélida brisa.

Y allá…, al oscurecer, cuando los negros crespones se extienden por los espacios sutiles ocultando la luz sideral, ¡se oyen los lánguidos ecos de la campana como lamento de los seres ya idos!

Sus amaneceres son fríos, pero llenos de vida. El ambiente perfumado por las brisas campestres, los trinos de los saludadores de la mañana, el sonido de los bronces que llaman a oración cotidiana, el ajetreo de las gentes… todo, todo alegra, enamora y vivifica nuestras almas.

En las afueras del pueblo hay una montaña en cuya cúspide árida y escabrosa hállase una cruz enclavada… Es la cruz que el pueblo en masa venera, la cruz de los votos y promesas, la Cruz de la Montaña.

En aquella altura, con sus brazos extendidos ante el misterio de los cielos, ante la planicie azul del mar cercano, ante los verdes campos que bordean los flancos de la montaña, parece el guardián que está alerta, que vigila, que ampara y defiende a los piadosos agüimenses. Sus brazos extendidos ante la llanura, sobre aquel elevado pedestal de agrestes y rocosas piedras, bendicen a los campos, a los caseríos lejanos…; y a la llanura indulta, a las tierras ácidas…

En la cima de la montaña, a veces, pacen los rebaños, cuyos balidos se oyen desde los campos cercanos, como blandos arrullos de brisa que suenan fuerte a intervalos… y se distinguen claras y serenas las voces de los pastores, que cantan tendidos entre la hierba o balanceándose sobre una piedra en equilibrio inestable.

Los campos se ven salpicados de verdores, ora unas vacas pacen mansamente en la tierra, ora los hombres de labor la tierra labran.

Y en el mar azul se ven deslizarse los barquichuelos, llenos de pescadores, sobre las límpidas y tranquilas aguas, como blancos puntos que bordan el inmenso manto azul de Purísima.

¡Oh, cuánta belleza nos muestra este pueblo! Qué cuadros más hermosos nos ofrece la madre natura. En sitios cercanos, la aridez de unas tierras, junto a los bellos y verdes campos, ofrece contrastes llenos de hermosura. […]

EL DISOCIADOR

(*El Defensor de Canarias,* 21 de julio de 1922).

¿Quién es?… Zángano detestable. Único ser que goza con el quebranto de las amistades, de la paternidad entre los individuos. Ser maligno, asqueroso reptil que se arrastra por el fango, que es su elemento, para herir a mansalva a sus incautas víctimas. Asqueroso y repugnante insecto que se enloda en el cieno de su albergue, que diseña su silueta inconclusa en el lodazal de su espíritu mezquino. Vampiro que desbarata las más fraternales amistades y que no se horroriza del mal que, con su maquiavélica conducta, ha sembrado. Parásito maligno que cobardemente esconde el apéndice con que inocula el veneno a sus víctimas. Áspid venenoso, Judas engreído que con su mentida amistad alterna con las personas para luego darles su beso maldito y taimadamente entregar a los que califica de "amigos", porque no han sospechado de él y han

sabido burlar sus monstruosas maquinaciones. Disturbidor de espíritus tranquilos, de almas pacíficas. Pérfido que, con cara hipocritona, va llenando de sombras tenebrosas el cielo de las más íntimas amistades y que, sin que el amigo se dé cuenta, va llevando cobardemente la duda al espíritu y luego se burla y suelta su feroz carcajada ante los agónicos quejidos de un alma que sufre, de un corazón que cesa en sus afectuosos latidos. Vende a sus amigos, a los que le han brindado sincera amistad, sin sospechar que bajo aquel rostro de Adonis se esconde la viscosa y repugnante saliva que envenena, que mata así, lentamente. Monstruo sombrío que aguarda tan solo una ocasión para minar sus caminos vencedores. Su sola presencia produce dispepsia. Bípedo asimétrico moralmente. Es su égida, la maldad; y sus congéneres, la hipocresía y el odio. No sabe amar. Sabe, sí, odiar [la] manifestación del amor en estos abortos del orgullo y de la soberbia. Siembra la duda, como el espíritu del mal del que nos habla la parábola evangélica sembraba la cizaña. Todas las bajas pasiones hallan cabida en su alma mediocre. Verdugo que, con su faz de bondad fingida, traiciona a sus amigos después de haber con ellos gustado la copa de los placeres. Diverge de los demás mortales. Se ensaña despiadadamente con el mal que ha sembrado a voluntad. Su lengua hace más daño que un bisturí, más dolor causa que un acero. Son horribles los estragos que han hecho sus mordaces términos, su ladina lengua de escorpión. Lución maligno; estigma de la humanidad túmido, torvo. Implacable usurpador de amistades.

Impertérrito y vulgar polemista. Impostor temible que lleva su atrevimiento a falsear la verdad. Es el odioso y mediocre espíritu que siembra la malquerencia y el odio por el sendero donde han de pasar sus víctimas. ¡Pobres víctimas de su estulticia! Incordio de los humanos; es un perfecto *snole*. Es el "gerifalte" de la sociedad, el gibón que, con su gesto cómico, trata de esconderse de los adversarios, de los que han logrado descorrer el velo que oculta su alma negra.

Y él se cree y quiere hacerse pasar por un dechado de caballerosidad, de elegancia, de gentileza; créese el *non plus ultra* del saber, de la arrogancia… Habla mucho y bien de sí, y poco y mal de los demás. ¡Oh, soberbia humana! ¡¡Hasta cuándo…!!

Guardémonos de él, pero sin que llegue a sospechar que le tememos o que hemos conocido sus maquiavélicos planes, pues en cólera se desataría y seríamos sus adversarios, sus enemigos declarados y, como tales, trataría de deshacerse abiertamente [de] nuestro buen nombre, [de] nuestra paz familiar.

Huyamos de él, del "disociador"; es lodo. No merece ni siquiera nuestro desprecio.

MI CHOZA INHOSPITALARIA

(*El Defensor de Canarias*, 25 de septiembre de 1922)

Viajero, sigue tu camino. No te detengas a las puertas de mi choza. Es inhospitalaria mi mansión. Está la puerta cerrada. No te detengas. ¿Por qué llamas, viajero? ¿No ves a través de los resquicios de mi choza cómo surgen las sombras, cual fantasmas envolviendo en un ambiente frío y doloroso a mi vivienda? ¿No te da frío, no te causa pavor esta dolorosa soledad, esta gelidez desesperante que se alberga en mi pobre, silenciosa y sola habitación?

Si abriese mi puerta, te rodearían las tenebrosas sombras que en ella se albergan…; y estos fantasmas intangibles te llenarían de espanto, de terror y odiarías la vida. ¿Sabes quiénes son esos fantasmas? Son mis delirios muertos, mis ilusiones perdidas, mi extinta risa alada y misteriosa que me impresionó alguna vez. Estos fantasmas son viajeros peregrinos: mi sed de caricias, mis poderosas ansias de primavera, mis muertas esperanzas, mis extintas ilusiones, mis dulces respiros, mis ideales no comprendidos, mis deseos de ser buena, mi fe muerta como una flor deshojada…, mis estremecimientos de amor.

Aquí yacen mil cosas que me son familiares, que me son muy queridas, cosas que tú no buscas, que no comprenderías; aquí está el tósigo que va ahuyentando mis días.

Mira, buen amigo, a lo largo del camino cuántas puertas están abiertas y cuántas se abren. ¿No ves cómo irrumpen, grácil y alegre, la luz y la dicha de las chozas vecinas? ¿Cómo canta en ella triunfadora y alegre la primavera risueña y gentil? Ve, viajero, hacia esas puertas abiertas, no esperes que te abra mi puerta… ¡No puede ser!

Déjame aquí, a solas con mis fantasmas dorados, con mis recuerdos, y ve tú, dichoso y feliz, en busca del sol, de la luz y de la alegría… Ve hacia la luz, ve hacia las puertas francas. No rondes mi negra choza, es inhospitalaria.

De par en par, las puertas de mi choza estuvieron abiertas, pero se han cerrado para siempre; la desesperanza, el desencanto echaron en ella los cerrojos de lo imposible.

Es tarde, viajero. Ve hacia aquella encrucijada, deja de golpear en mi choza. Vete. Es imposible que en ella halles hospitalidad. ¿No ves que he muerto? ¿No ves que tan solo soy uno de los fantasmas que habitan mi misteriosa morada?

Vete, vete, que ya la noche avanza y van a salir los fantasmas de sus concavidades y profanan de dudas, de incertidumbres, de dolores, el ambiente campestral.

Vete. Yo haré crecer abrojos y zarzales en el sendero que a mi morada conduce para hacer perder a otro peregrino, a otro viajero, las huellas de esta mi fría choza, de esta mi inhospitalaria morada, de esta llena de incertidumbres, de desasosiegos, de esta imposible región.

TELDE. MI PUEBLO AMADO

(*El Defensor de Canarias,* 9 de octubre de 1922).

La naturaleza —ha dicho un escritor contemporáneo— dilata nuestro espíritu con la amplitud de sus panoramas y, libertándonos de la presión social, nos da una sensación de suprema y definitiva armonía…

En el sereno y apacible rincón de mi pueblo, constantemente reverdecido, siento desligarse mi vida con una serenidad suave y vaporosa, como las nubes del tranquilo amanecer.

Y hallo en todo lo que me rodea un suave encanto, una atrayente simpatía que hace inclinar mi espíritu hasta ellos, hasta todo.

Nada echo en falta en este rincón sombreado por las flexibles hojas de las cimbreantes palmeras y por la poesía de sus nubes cuando las horas calladas y silentes del mediodía —cuando el astro rey en su cenit parece el apartado guardián del día, cuando todo duerme la siesta—, silenciosa y sola en mi cuarto, [me] ponen en íntimo contacto con los seres que fueron, con las populosas urbes… con los «grandes de espíritu».

Páginas hay que llevan a mi espíritu las rebeldías; los ajetreos de las vidas estruendosas de las gentes que viven aprisa, que gustan de anhelos inefables que consigo lleva el silencioso reposo de este lugar de mis delicias. Las escribo. Ellas son, ¡oh, páginas!, la dulce visión de estos lugares de ensueño, de vaporosas visiones del alma concentradas… Son el vislumbre de mis sueños callados, de los que rondan mi fantasía, de los que vagan mustios y dolientes por los verdes campos, sobre las tranquilas aguas de los estanques vecinos…

Sed, líneas mías, como el suave aleteo de la ilusión que difunde lenta y suave sobre estas almas llenas de juventud y, como quien dice, llenas de amor, de ensueños, de poesía, de aromas, de fulgurante luz…

Para todos, en fin, quiero escribirlas; quiero que lleven a los espíritus de mis amados teldenses el tranquilo afecto que a ellos consagro al dedicar mi cariño a mi amado terruño.

¡OH, DOLOR…!

(*El Defensor de Canarias*, 30 de julio de 1923).

¡Yo te vi, te presentí y gusté de tu destrucción, dolor! Yo te vi una vez, oh, dolor de la vida. Te vi una vez, tras el blanco sudario de muerte y desde aquel día, horriblemente, mi espíritu sintió tu acendrado puñal. Yo te vi una vez, dolor. Y fue tan fuerte la impresión sufrida que aún —¡por siempre!— pláceme tu negativa silueta en los despojos de mis ilusiones por ti muertas. Acaso por eso en esta hora horrible, entre el encanto del azul, ante la claridad del naciente día, verás mi vida envuelta en sombra sin hallar siquiera un punto de apoyo de la coloración. Todo lo que me rodea es triste, todo negro… Y como un fantasma te veo a ti, que lentamente a mí te acercas para acaso borrar mi existir. Si tal fuese, bendito seas, dolor. Hay dolores que matan, y tú, dolor, que impreso en los despojos de mis ensueños, existes, eres de esos, de los dolores que destruyen. Si así fuera… ¡Oh, bendito dolor! Entonces te amaré como al más bello sueño.

LA SENDA
(*La Esfera*, 29 de septiembre de 1923).
No es esta la senda que conduce a los ámbitos donde la vida palpita, donde en cada botón de flor se halla la rosa de la ilusión lisonjera. No. Es bien triste esta realidad. Esta senda es la que conduce al cementerio; es la senda que conduce al lugar del dolor. Un escéptico diría la senda donde todo termina; un místico, la senda que nos lleva a la verdadera vida. La muerte es el túnel de la eternidad.

Es una mañana azul con el oro del sol que la borda. Los maizales elevan al cielo sus espigas verdes y reverdecidas. Los trigales doran los campos bajo el palio de oro del sol. Los pájaros alegran el camino con las suaves melodías de sus arpegiadas gargantas. Y los labriegos van labrando los campos y se distingue confusamente el «chic-chac» de la azada al clavarse en los surcos. Al mismo tiempo, las vacas que mansamente pastan en la verde pradera lanzan las quejas de sus bramidos.

¡Bosques, selvas!, ¿no habéis visto alguna vez el camino de un cementerio? Generalmente, es triste, árido, desierto. Solo al llegar a sus inmediaciones comienzan a elevarse los llorones cauces y los altos cipreses.

El camino que describo no es así. Por ambas partes, elévanse rosales, madreselvas y tomillos. Más que la senda que conduce al lugar de la muerte, parece el paseo solitario que eligiera un romántico para contar a la noche las cuitas de su dolor. Es, quizá, el que eligiera un poeta para cantar en sus horas de renunciación.

¡Bellísimo camino, si acaso por ti pasasen mis restos, no olvides que yo fui tu asidua visitante por largo tiempo, y que, en ti, solo en ti, hallé el consuelo que la vida me negó!

La mañana, tan azul, tan bella, convidaba al paseo matutino, y el camino bordado y con su ambiente de olientes plantas me embriagaba. Y caminé por él. Y pasaron horas y horas, que me hallaron en muda interrogación al pasado frente a la Vida, de espaldas a la Muerte.

Y no obstante ser la mañana tan bella, tan azul, tan plena del derroche de luz solar; no obstante estar los pajarillos mañaneros alegrando el camino con las suaves melodías de sus voces misteriosas, un cortejo fúnebre avanzó lentamente, suavemente, sobre el mullido camino embriagado del perfume que las plantas aromáticas despedían en el ambiente de la hora más bella del día.

Era un cortejo triste. Una caja pobre conducida a hombros de cuatro pobres indigentes. Y acompañada por dos o tres seres que la piedad les incitó a seguir…

Y le vi pasar ante mis ojos. Muda. Contemplativa le vi avanzar. Sentí un dolor enorme, inmenso, infinito… Un pequeñuelo lo seguía, llorando amargamente.

Y sentí la enormidad de aquel dolor. Se repitió aquí como siempre, como otras veces, la película grotesca de la vida. La inclemente, la huesuda, la envidiosa de la guadaña impía había

cortado la vida del más grato consuelo de un hijo; la vida de la más santa de las mujeres: ¡La madre!

Y yo, que desdichadamente he sentido el dolor inmenso que causa la pérdida de una madre, lloré con el pequeñuelo el desconsuelo de la soledad que produce la orfandad. […]

¡VUELVE!

(*Granada Gráfica. Revista ilustrada*, agosto de 1924).

La tarde era de paz y sosiego. Sobre la cóncava superficie marina, las aves bañaban su plumaje albo. Las rizadas ondas plañían a la vera de la playa su eterno ritmo. Y el oro estelar iba amortiguándose allá, tras la línea azul. Unos pescadores tiran de la red frágil. Y los peces bullen en ella, ansiando romper la trama. De vez en cuando, se oye el canto de la gaviota que revolotea indecisa sobre las aguas salobres.

La tarde declinaba. En el ocaso se diluían, en opalino albor, los miríficos destellos de la última luz solar. Y la noche, con sus sombras precursoras, invadía lenta, suavemente, el ambiente, sembrando de negros crespones al mar y a la tarde.

Una barca surcaba las blandas ondas, pilotada por las sombras, fantasmas que siempre amé.

¿Quién puede llegar a descifrar el enigma eterno, inconfundible, que envuelve a esos seres intangibles?

Son mis fantasmas amados los que a la luz de las estrellas veo vagar errantes y funerarios sobre las cóncavas barcas, sobre la espuma del mar, cuando los crespones de la noche envuelven el ambiente de tenebrosidades caóticas. En esa hora, cuando solo la naturaleza canta y mi alma tan solo la escucha. En esa hora, cuando el sueño de vivir se desvanece y el álgido dolor lacera el pecho, siento la atracción magnética de aquel mi pasado inolvidable, de mi más bella edad.

La tarde era de paz y sosiego, y las sombras la invadieron, sembrando de incertidumbres la noche, y con la noche nació la vida de mis añoranzas…, de mis indelebles recuerdos.

Y mi alma, de cara al pretérito, gritó en la noche, frente al mar y contemplando los negros fantasmas, amados recuerdos míos, que trazan su silueta imprecisa sobre la cóncava superficie.

¡Oh, recuerdos míos! ¡Oh, pasado inolvidable! ¿Por qué habéis dejado en mí esta huella de dolor imborrable? ¿Por qué no habéis dejado paso unos momentos a la luz? ¡Oh, pasado mío! Ante el mar, ante la ancha superficie, yo te conjuro: ¡Vuelve!…

¿LLEGASTE?

(*Granada Gráfica*. *Revista ilustrada*, septiembre de 1924)

Sentada a la puerta de mi choza esperé largo tiempo al amor. Prestáronme sus dulces caricias la brisa; sus suaves suspiros el viento; la gama de un ensueño, las cristalinas irisaciones de un mágico surtidor. Y esperé largo tiempo. Por fin, llegaste tú, con una promesa en tus ojos de ensueño. Llegaste por fin. Entonces mi triste mirada se animó un tanto, al leer en la tuya todas las emociones que siempre a mi alma conmovieron.

Sentada a la puerta de mi choza estaba esperando al amor cuando llegaste tú. Y llegaste al fin. Llegaste cuando una tarde invernal iba a envolverse en las sombras de sus lobregueces. Llegaste cantando las bellezas de un amor, y con ello prestaste luz a mi alma, alegría a mis ojos, ensueños a mi fantasía y aleteos de ilusiones a mi pobre corazón.

Con tu llegada, alegráronse las flores que pueblan el sendero; y ellas, mustias, tornaron a vivir. Cuando llegaste, cantó en la tarde el sonoro mar un cántico inconfundible, canto de esperanza. Y con tu llegada, con tu retorno, la brisa levantó en mi camino perfumes exóticos. Y las aves revolotearon, porque contigo se había hecho la luz, la paz y la alegría.

Cuando las horas pasan y recuerdo los inconfundibles rumores de la tarde aquella sin igual, incomparable, acuden a mi mente dudas, se puebla mi corazón de incertidumbres. Acaso alguna vez, cuando otro cielo me cobije, una niebla espesa impedirá que en el corazón se acentúe y se grabe más fuertemente aquella paz, aquella alegría que nació en una tarde de invierno, cuando el sol se iba envolviendo en las espesas nubes que lo abrasaban.

Entonces las flores llorarán la alegría que perdieron. Las aves se columpiarán tristes en los altos árboles. La tarde será de sombras, y la brisa no traerá los mensajes de las flores que desde sitios lejanos enviaron sus perfumes. Y todo callará en torno mío. Y todo languidecerá de doloroso pesar, porque contigo marchose por siempre, para siempre, la luz que trajiste, la paz que creaste y la sana y noble alegría que fluyó de tus ojos de ensueño. Y como todo contigo huyó, solo habrá en mi camino las espinas que en los desnudos rosales quedaron. Y acaso en una tarde de sol, «con los últimos oros de la tarde», vea morir el «postrer ensueño»…

Y el alma angustiada dirá, oyendo repercutir en sí la voz vibrante del poeta [Montiano Placeres]:

¿Para qué caminar, si el nuevo día
no ha de ser el que espero:
el claro día del afecto puro,
el del amor eterno?